



III Domingo de Pascua

(Ciclo A)

19 de abril de 2026

JORNADA DE ORACIÓN
POR EL CUIDADO DE LA CASA COMÚN

I. Notas exegéticas

Hechos 2, 14. 22-33

No era posible que la muerte lo retuviera bajo su dominio

Pedro, en nombre de los Once, pronunció un discurso ante la multitud agolpada junto a la casa después del prodigio de Pentecostés; su intervención recuerda la alocución de Jesús en la sinagoga de Nazaret, pues también Él, después de recibir la efusión del Espíritu Santo durante su bautismo en el río Jordán, proclamó el discurso que regiría su tarea a lo largo de todo el tercer Evangelio. De manera análoga, ahora Pedro, después de recibir el don del Espíritu Santo en Pentecostés, también dirige un sermón que anticipa la entereza con que los apóstoles se lanzarán a la aventura de proclamar el Evangelio.

Sin embargo, debemos apreciar una diferencia literaria entre el discurso de Jesús en los evangelios y los sermones de Pedro y Pablo en el libro de los Hechos, pues mientras el contenido de la predicación de Jesús se concentra en temas concernientes a la vida cristiana, los sermones de los apóstoles abordarán situaciones concretas para abrir el alma del auditorio a la gracia que supone la incorporación a la Iglesia. De esta manera, para el caso presente, el discurso de Pedro ante la asamblea perpleja por el prodigio de Pentecostés pretende que los judíos se hagan bautizar.





Plan de Predicación



A juicio de los especialistas, el discurso de Pedro reproduce el más antiguo esquema de predicación que la Iglesia adoptó para dirigirse a los judíos. El programa homilético se desarrolla en dos etapas: en primer lugar, la predicación denuncia la acción criminal de los judíos contra Jesús y, en segundo lugar, subraya la intervención de Dios en favor de Jesús; para este domingo sólo tenemos en la liturgia la segunda parte del discurso, cuyo objetivo consiste principalmente en anunciar al pueblo judío el prodigio de Pentecostés, es decir, la efusión del Espíritu Santo que ya está actuando en Él y en los discípulos.

Así, el kerigma anunciado por Pedro subraya la realidad histórica de Jesús; lo presenta como el mediador entre Dios y el pueblo de Israel, hace ver que Jesús no procede de la contingencia humana, sino que es expresión del designio amoroso de Dios en favor de la humanidad y, finalmente, denuncia la crucifixión de Jesús entre los malvados (siendo realmente inocente) y recalca que Dios le resucitó rompiendo las ataduras de la muerte. El discurso de Pedro termina con la proclamación de Jesús exaltado por el Padre Celestial, es decir, lo declara soberano sobre toda la creación, que gobierna sobre el curso de la historia por su condición de Hijo de Dios.

Salmo 16,1-2, 5, 7-11

Señor, me enseñarás el sendero de la vida

Este salmo es una bella oración de confianza llena de lenguaje sacerdotal y sapiencial que se convierte en un canto y que se divide en 2 grandes estrofas: la primera, una profesión de fe en Dios y la alegría de pertenecerle, y la segunda, la celebración del sendero de la vida, es decir, del itinerario de la comunión plena con Él.

El simbolismo usado es sumamente sugestivo: sabemos que en la distribución de la tierra de Canaán, después de la conquista, los sacerdotes de la tribu de Leví fueron consagrados al culto y no podían involucrarse en la política ni en las estructuras sociales, su tierra sería el Señor mismo y esto concretamente significaba el derecho de poder usar los diezmos ofrecidos por las tribus para el sustento propio.

El salmista, por medio de 5 imágenes, expresa la abnegación del sacerdote a su Dios, la primera “el Señor es para él la porción de su heredad”; la segunda el Señor para él es su cáliz, es decir, su huésped, su familiar, quien lo acoge y su último destino; tercera, “el





Plan de Predicación



Señor es para él un lugar delicioso”, es la tierra más bella y más próspera, infinitamente más preciosa que las campiñas obtenidas por las diferentes tribus; cuarta, “el Señor para él es la heredad suprema”; quinta, el salmista afirma que todo lo que puedan darle fuera de Dios es vano, y le pide a Dios “sé tú mismo mi herencia”, tú eres mi Señor, ser colmado de Dios por Dios.

La confianza del salmista en Dios se expresa en 3 imágenes, la primera, el Señor lo salvará del sepulcro y del sheol, será arrancado por Dios del abismo de la nada y de la muerte; la segunda imagen es el camino de la vida, pues su sendero, que ya es transitado por él en justicia y sabiduría durante su existencia terrena, llegará a la meta que es Dios y, tercera, espera ver el rostro de Dios, acceder al templo celestial por la intimidad de la oración y estar a su diestra protegido por Él contra el mal y el enemigo, he aquí la morada de Dios con los hombres.

1 Pedro 1, 17 - 21:

Los rescataron a precio de la sangre de Cristo, el Cordero sin defecto

La primera carta de Pedro tiene en algunas de sus partes rasgos del género homilético o de predicación, contiene muchas citas del Primer Testamento que le sirven al autor para mostrar a Cristo y a la Iglesia naciente como el cumplimiento y la plenitud de las promesas antiguas.

Al tomar la carta y leerla de corrido, se trata de una secuencia de exhortaciones acompañadas de consideraciones doctrinales, que van justificando cada una de las exigencias de la vida cristiana; la idea dominante parece ser que la regeneración cristiana alcanzada por el bautismo impone a los cristianos el deber de tener una buena conducta, incluso a precio de sufrimiento.

La parte que nos corresponde leer en la liturgia de este día pertenecería a la primera sección de exhortaciones que hace la carta (I Pedro 1,13-2,10), en esta oportunidad el autor pide llevar una vida de santidad que edifique el nuevo pueblo de Dios. Hemos sido rescatados por Dios Padre de la conducta necia, de una vida estéril, a precio de la sangre del Cordero que es Cristo, pidiendo finalmente que la fe se convierta también en esperanza.





Lucas 24, 13-35

Lo reconocieron al partir el pan

El relato lo podemos abordar comprendiéndolo en 6 momentos: a. los caminantes (13-14); b) el encuentro (15-16); c. el diálogo (17-24); d. la catequesis (25-27); e. la cena (28-32); f. la vuelta a Jerusalén (33-35).

Los caminantes: Lucas comienza con una referencia temporal, “aquel mismo día”, se refiere entonces al día en que las mujeres madrugaron para ir al sepulcro; los caminantes son dos, de ellos se menciona el nombre de Cleofás, su acompañante seguramente es su esposa María. Se trata entonces de un matrimonio que va de camino dejando Jerusalén, seguramente se dirigen a su lugar de residencia común, Emaús; se van de Jerusalén porque están desilusionados, creían que Jesús iba a ser el “libertador de Israel”, aunque mencionan, como un pequeño asomo de esperanza, el hecho de que las mujeres no encontraron el cuerpo de Jesús, pero tampoco lo vieron a Él. Los discípulos, los dos caminantes, abandonan la ciudad santa pero no consiguen dejar de pensar y de hablar de todo lo ocurrido allí en los últimos días.

El encuentro: Un desconocido se les acerca, marcha con ellos (normalmente los desconocidos por el camino no son bien reconocidos), ellos le echan un rápido vistazo y ni siquiera lo saludan; Lucas afirma que tenían los ojos incapacitados para reconocerlo (de manera semejante a lo sucedido con María Magdalena cuando confunde a Jesús con el hortelano).

El diálogo: Cleofás toma la iniciativa y responde a la pregunta del forastero declarando que Jesús Nazareno fue un profeta poderoso en obras y en palabras, descubriéndose aquí una clara referencia a lo que ellos esperaban de Jesús: que fuera otro Moisés, quien libró al pueblo de la esclavitud de Egipto, ellos esperaban que Jesús hiciera lo mismo respecto a los romanos. En un segundo momento de la conversación Cleofás y su esposa dejan de hablar de Jesús y comienzan a hablar de ellos mismos: “nosotros esperábamos que fuera libertador de Israel”, estas ilusiones probablemente habían impulsado a muchos a seguir a Jesús.

Poco a poco tendrían que corregir sus puntos de vista, ya lo habían tenido que hacer anteriormente con otras enseñanzas de Jesús como cuando les dice que lo importante





Plan de Predicación



no es verse libres de los enemigos, sino amar a los enemigos y tratar bien a los que los odian. A pesar de ello muchos discípulos igual que ellos habían seguido alentando la esperanza en términos políticos, como demuestra la pregunta que le hacen antes de subir al cielo: ¿es ahora cuando vas a restaurar la soberanía de Israel? El drama de los caminantes es el reconocimiento de que han pasado tres días y no ha ocurrido nada (el primer día es el de la muerte, el segundo es el sábado, el tercero es el día en el que se encuentran); en vista de lo anterior dirían los caminantes: decidimos venir a Emaús, en Jerusalén no hacemos nada y se corre peligro. En medio de esta situación interviene Jesús y no los deja continuar.

La catequesis: A las declaraciones del matrimonio que va desilusionado hacia Emaús, Jesús responde llamándoles necios y torpes y procede a la afirmación central: “¿acaso no era necesario que el Mesías padeciera para entrar en su gloria?”, el método para probarlo es explicar a los caminantes lo que dice toda la Escritura respecto a él: “y comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas les explicó lo que en toda la Escritura se refería a él”. Para algunos especialistas este relato es una “catequesis sobre la eucaristía”, en la que en esta parte se referiría a la Liturgia de la Palabra.

La cena: Los caminantes llegan a su casa y Jesús hace ademán de seguir de largo, el matrimonio le apremia para que se quede con ellos y compartan la mesa; lo interesante es que Jesús no se comporta como el invitado, sino que se sienta en la mesa como el anfitrión, al hacerlo toma el pan, lo bendice, lo parte y se los da, pero Jesús, aquel a quien no habían podido reconocer, ahora desaparece, pero lo reconocen al partir el pan. Para quienes comprenden el relato de Emaús como una catequesis, en este segundo momento tendríamos la Liturgia Eucarística, en ella se abren los ojos para descubrir a Jesús resucitado y sacar fuerzas para retornar con esperanza a Jerusalén y cumplir con entusiasmo la misión de anunciarlo a todas las naciones.

Vuelta a Jerusalén: En una clara transformación de su ánimo, pero, sobre todo, del sentido de su vida, el camino que antes había sido transitado con desilusión y aire de fracaso, lo descubren ahora como un momento de gozo, pues les ardía el corazón al comprender las Escrituras y ahora, con total entusiasmo, vuelven presurosos a la ciudad santa para contar todo lo que les había sucedido y se encuentran con otras experiencias semejantes de encuentro con Jesús resucitado.





II. Pistas homiléticas

- ✓ El tiempo gozoso de la Pascua sigue siendo un espacio propicio para anunciar el Kerigma, el primer anuncio del Evangelio; es la oportunidad de mostrar a Jesús humano que ha entregado todo de sí, su vida por el rescate de la nuestra. Hoy este mensaje sigue siendo vigente, alentador para nuestras comunidades agobiadas por un estilo de vida llevado por laxitudes y permisividades. Es la oportunidad de dar sentido a la existencia humana desde la trascendencia de quien ha superado la muerte con su resurrección, a semejanza de Pedro quien en su discurso invitaba a bautizarse en el nombre de Jesús, nosotros sigamos renovando nuestra fe y nuestras promesas bautismales.
- ✓ No hay mejor heredad que tener a Dios mismo como la seguridad más profunda y auténtica de la vida. Desde nuestra condición bautismal hemos sido constituidos sacerdotes, por ende, podemos hacer nuestras las palabras del salmista cuando proclama: «me enseñarás el camino de la vida, me llenarás de alegría en tu presencia».
- ✓ Para San Pedro en su Carta, la comprensión del valor de la sangre de Cristo era la clave para descubrir lo que costó a Dios nuestro Padre el abandono de nuestra condición pecadora, la conducta necia que se debería acabar con la renovación de la vida del creyente a través de las aguas del bautismo. Podríamos insistir con firmeza en esta grandeza de Dios con nosotros cada vez que celebramos la eucaristía, el encuentro con su Cuerpo entregado y su Sangre derramada para el perdón de nuestros pecados.
- ✓ El proceso de fe desarrollado por Cleofás y, probablemente, su esposa María, se convierte hoy para nosotros en esta liturgia dominical en la oportunidad de hacer nuestro propio caminar, de hacer la misma experiencia de encontrar a Jesús, quien toma la iniciativa de hacerse Él propicio y nos sale al encuentro en nuestras situaciones de tristeza y desesperanza, nuestros desconsuelos y tristezas, para que en la Palabra proclamada y explicada en la liturgia encontremos vida en abundancia al descubrir a Jesús en la fracción del pan, se nos abran nuestros ojos y le reconozcamos presente y actuante en nuestra vida, resucitado, poderoso en obras y en palabras en nuestra existencia agobiada y doliente.





III. Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Hermanos, en este tercer Domingo de Pascua celebramos a Cristo Resucitado, que se hace presente en medio de nosotros. Hoy, iluminados por las palabras del Papa León XIV, reconocemos que, como hijos de Dios, estamos llamados a reconciliarnos con la naturaleza y a ser testimonio de fe y esperanza a través de su cuidado.

Pidamos al Señor Resucitado que nos transforme en testigos de su paz, comprometidos con el cuidado de la Casa Común, y que, en esta Iglesia local de Bogotá, seamos cada vez más custodios de la creación.

Monición a las lecturas

La Palabra de Dios que vamos a escuchar nos invita a profundizar en el misterio de la resurrección y a reconocer la presencia viva de Cristo en medio de nosotros. Dispongamos el corazón para que, como los discípulos, también nosotros reconozcamos al Señor que camina a nuestro lado y hace arder nuestro corazón.





Oración de fieles

Presidente

Elevemos nuestra súplica confiada a nuestro Creador, para que, por la experiencia de Cristo resucitado, nuestra oración se una a la de la creación y nos conceda su Espíritu que hace nuevas todas las cosas.

R./ Señor, danos tu paz y haznos cuidadores de la vida.

1. Por la Iglesia, para que anuncie con valentía la justicia ambiental como camino de paz.
2. Por los gobernantes, para que protejan la creación desde sus políticas y acompañen siempre a las personas más vulnerables.
3. Por quienes sufren por la destrucción de la naturaleza, los animales, las plantas, todos los seres vivos, para que el Señor nos de la sabiduría de reconocer y cuidar.
4. Por nuestra comunidad, para que pase de la indiferencia al compromiso concreto, particularmente en el cuidado de la Casa Común.

Presidente

Padre Dios, escucha nuestras súplicas y concédenos cuanto con fe te pedimos y sembramos en nombre de tu Hijo, principio y fin de nuestro universo, que vive y reina por los siglos de los siglos.





ORACIÓN FINAL

UNA ORACIÓN POR NUESTRA TIERRA

Dios todopoderoso, estás presente en el universo
y en la más pequeña de tus criaturas.

Abrazas con tu ternura todo lo que existe.

Derrama sobre nosotros el poder de tu amor,
para que protejamos la vida y la belleza.

Llénanos de tu paz, para que vivamos
como hermanos y hermanas, sin dañar a nadie.

Oh Dios de los pobres,
ayúdanos a rescatar a los abandonados
y olvidados de esta tierra, tan preciosos a tus ojos.

Trae sanidad a nuestras vidas,
para que protejamos el mundo y no lo explotemos,
para que sembremos belleza,
no contaminación ni destrucción.

Toca los corazones de aquellos que solo buscan el beneficio
a costa de los pobres y de la tierra.

Enséñanos a descubrir el valor de cada cosa,
a llenarnos de asombro y contemplación,
a reconocer que estamos profundamente unidos a cada criatura
mientras caminamos hacia tu luz infinita.

Te damos gracias por estar con nosotros cada día.

Anímanos, te rogamos, en nuestra lucha
por la justicia, el amor y la paz.

Papa Francisco

Encíclica *Laudato Si*





III Domingo de Pascua

Ciclo A
19 de abril

I. Claves de reflexión

1. Acompañar

Este domingo, la Palabra de Dios nos muestra el hermoso camino de los discípulos de Emaús. Ellos iban tristes, confundidos y sin esperanza. Sentían que todo había terminado. Pero Jesús se acerca, camina con ellos y, aunque no lo reconocen al principio, les habla, les explica las Escrituras y se queda con ellos. Poco a poco algo comienza a cambiar en su interior: su corazón empieza a «arder». Y finalmente lo reconocen cuando parte el pan.

Esto nos enseña algo muy importante para nuestra fe: Jesús está vivo y camina con nosotros, incluso cuando estamos tristes, confundidos o no entendemos lo que pasa. A veces no lo vemos, pero Él está presente: en su Palabra, en la Eucaristía y en la comunidad. La Pascua es el tiempo para aprender a reconocer a Jesús vivo en nuestra vida.

2. Motivar

Los discípulos de Emaús no pudieron reconocer a Jesús Resucitado de inmediato, sino que necesitaron escuchar, caminar y compartir con Él. Así también crece nuestra fe; no es algo automático, es un camino. Primero escuchamos la Palabra, luego el corazón empieza a entender y, finalmente, reconocemos a Jesús. Por eso, en este tiempo, la Iglesia nos invita a cultivar la fe: escuchando con atención el Evangelio, participando en la celebración, compartiendo con otros lo que vivimos.

Cuando dejamos que Jesús nos hable, algo cambia dentro de nosotros. Como les ocurrió a los discípulos, nuestro corazón se enciende y nace el deseo de contar a otros lo que hemos descubierto. La fe no se guarda, se comparte.





3. Retar

Jesús camina contigo cada día y quiere que lo reconozcas en tu vida.

Reto de la semana: Elige un momento del día para leer una frase del Evangelio y pregúntate: ¿Qué me quiere decir Jesús hoy?

Luego compártelo con alguien: un amigo, un familiar o en tu casa. Así, como los discípulos de Emaús, ayudarás a que otros también descubran a Jesús.





II. Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Queridos niños y niñas, hoy celebramos con alegría el III Domingo de Pascua. Jesús ha resucitado y sigue caminando con nosotros. Él está presente en nuestra vida, aunque a veces no lo reconozcamos. Dispongamos el corazón para encontrarnos con Él en su Palabra y en esta celebración.

Monición a las lecturas

La Palabra de Dios de hoy nos muestra cómo Jesús resucitado se hace cercano a sus amigos. Escucharemos el relato de los discípulos de Emaús, quienes descubren a Jesús al escuchar su Palabra y al compartir el pan. Prestemos mucha atención, porque también hoy Jesús quiere hablarnos al corazón.





Oración de fieles

Presidente: Confiados en que Jesús resucitado camina con nosotros y escucha nuestras necesidades, presentemos nuestras peticiones.

R/. Padre de la Vida, escúchanos.

1. Por la Iglesia y por el Papa León, para que anuncien con alegría que Cristo está vivo y acompañen a todos en el camino de la fe.
2. Por el mundo entero, para que la luz de la resurrección traiga paz, justicia y esperanza a todos los pueblos.
3. Por la Iglesia de Bogotá, para que sea una comunidad que ayuda a reconocer a Jesús en la Palabra y en la Eucaristía.
4. Por los niños, jóvenes y familias, para que su corazón arda al escuchar la Palabra de Dios y crezcan en la fe.
5. Por quienes se sienten tristes o confundidos, para que descubran que Jesús camina con ellos y les devuelve la esperanza.
6. Por nosotros, para que sepamos reconocer a Jesús en nuestra vida y compartir con otros la alegría de haberlo encontrado.

Presidente: Padre bueno, que junto a tu Hijo resucitado caminas siempre con nosotros, acoge estas súplicas que te presentamos con fe, enciende nuestro corazón con tu Palabra y ayúdanos a reconocerte en cada momento de nuestra vida. Por Jesucristo, nuestro Señor.

